



JUVENILES

FOLIO

Reconocimiento
MARIA ELENA WALSH

Presidencia
SENADO
DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Dirección de
Mujeres, Géneros
y Diversidades

La hija de la luna

Germán Cavallero



Hola Leo, soy yo

María Cecilia Corda



La maga

Marcos Nuñez

Reconocimiento Maria Elena Walsh- Primera Edición Año 2024
Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires

Vicegobernadora y Presidenta del HSBA

Verónica Magario

Jefatura de Gabinete

Mariano Ríos Ordoñez

Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades

Directora: Jazmín Ocampo

Equipo de trabajo

Maite Sandá

Gabriela Martínez

Cira Candia

Julieta Ingrassia

Ilustración y diseño

Verónica Viva @estudio_viva

Edición y producción artística

Julieta Ingrassia

Digitalización de ilustraciones

Vee, Gestión e impresión de imágenes de autor

Jurado

Gabriela Díaz

Carina Cerruti

Maite Sandá

Contacto:

dir.mujeres.generos.diversidades@senado-ba.gov

+54 9 2213 55-9082

<https://generos.senado-ba.gov.ar/>

2024, Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires
Todos los derechos sobre estas obras fueron cedidos para la presente edición

Licencia Creative Commons

Reconocimiento Maria Elena Walsh

Concurso de literatura infantil con perspectiva de género

6 cuentos ganadores:

3 en la categoría primeros lectores,

3 en la categoría adolescencias,

la categoría primera infancia quedó vacante.

Presentación

En el año 2020 la Vicegobernadora Verónica Magario, en su carácter de Presidenta del Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires decidió crear la Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades, un nuevo ámbito legislativo desde el cual transversalizar la perspectiva de género hacia adentro del Senado bonaerense, y desde el cual también impulsar acciones que promuevan la igualdad en las comunidades de los 135 municipios. Es por ello que desde ésta Dirección realizamos en el año 2024 la primera edición del Reconocimiento María Elena Walsh, un concurso literario que además de ser un homenaje a la gran escritora, compositora y cantautora argentina, buscó encontrar a los autores y las autoras bonaerenses con ganas de escribir, con las infancias y adolescencias con ganas de leer.

Se recibieron cuentos de 32 municipios de la provincia de Buenos Aires. El jurado estuvo integrado por Gabriela Díaz (Jurado invitada), Carina Cerruti (Jurado por el Instituto Cultural de la Prov. de Bs. As.) y Maite Sandá (Jurado por el Senado de la Prov. de Bs. As.).

Se seleccionaron 6 obras: 3 fueron premiadas y 3 obtuvieron menciones especiales.

En la categoría **Primeros/as lectores/as** fue premiado el cuento “Caballos” de Eugenia De Micheli y obtuvieron menciones los cuentos “Gimena es un caballero andante” de Homero Bimbo y “Cielo de colores” de Analé Barrera.

En la categoría **Juvenil** los premiados fueron “La hija de la luna” de Germán Cavallero y “Hola Leo, soy yo” de María Cecilia Corda y obtuvo una mención el cuento “La maga” de Marcos Nuñez.

Agradecemos especialmente al Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires por su aporte en la difusión y en la conformación del jurado.

Jazmín Ocampo

Directora de Mujeres, Géneros y Diversidades
Honorable Senado de la Prov. de Buenos Aires

Prólogo

*Cuando voy a dormir, cierro los ojos y sueño
Con el olor de un país, florecido para mí.*

Maria Elena Walsh

Construir una sociedad más justa e igualitaria es una tarea de todos los días que debemos asumir todas y cada una de las personas en nuestras vidas cotidianas. Es en lo más chiquito y cercano de nuestras vidas en donde deben ocurrir esos pequeños cambios en favor de la igualdad, que van transformando poco a poco la forma de vincularnos, la forma de tratarnos, la forma de expresarnos. Respetar la singularidad de cada persona y reconocer su plena dignidad más allá de su género, su orientación sexual, su identidad cultural, su condición de salud o su forma de ser en este mundo, es el mayor desafío social y cultural que tenemos en estos tiempos.

La literatura es una gran herramienta para expresar y representar los cambios de una sociedad, por lo cual leer no es un acto pasivo: es un acto de curiosidad, de resistencia y de búsqueda de conocimiento. En particular, la lectura y escritura desde una perspectiva de género, nos presenta la oportunidad de dar visibilidad y batalla a muchas desigualdades que existen en el mundo.

En este sentido, el concurso literario Maria Elena Walsh tiene varios propósitos. En primer lugar busca fomentar la escritura y la difusión de obras literarias con perspectiva de género y diversidad. En segundo lugar, promover el acceso de las infancias y adolescencias a contenidos literarios que favorezcan la igualdad de género.

Por último, con este concurso buscamos que la literatura sea un herramienta que contribuya al cambio cultural, incluyendo la perspectiva de la inclusión, la igualdad, y la eliminación de todas las formas de violencia por razones de género. La lectura es una gran herramienta para que chicos y chicas tengan acceso al conocimiento y aprendizaje de sus derechos y los puedan hacer valer. Estamos convencidas que el Estado tiene un rol intransferible en la promoción de políticas públicas que acerquen el arte y la cultura a todas, todos y todes. Es por eso que desde la Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades del Senado bonaerense impulsamos este concurso.

Los cuentos que encontrarán aquí fueron seleccionados teniendo en cuenta la diversidad de temas y de escrituras que nos muestran la riqueza literaria de los escritores y escritoras bonaerenses. Los mismos serán divulgados en diferentes formatos para que todas las personas puedan acceder. Esperamos así llegar a manos y oídos de muchos niños, niñas y adolescentes de cada rincón de nuestra gran y hermosa Provincia de Buenos Aires. ¡Que la literatura nos siga sorprendiendo siempre!

Veronica Magario

Vicegobernadora de la Provincia de Buenos Aires



Primer premio compartido

La hija de la luna

Germán Cavallero

El río

Subió a la canoa de madrugada. Después de leer en las hojas quemadas del yuchán que debía navegar río abajo hasta el amanecer, se alejó con brazadas de remo firme. La cruz del sur brillaba y la canoa de totora surcaba en silencio el agua dulce, seguida por rayas y madrecitas.

Saraí nació en una aldea encumbrada, una noche de luna nueva. Su madre gritó tan fuerte en el parto que despertó al duende de los lagos. El duende dormía hacía milenios y, al oír el grito, salió de su cueva del fondo del agua. Viajó en el viento, veloz como arcoíris y llegó a la choza de Saraí antes del segundo grito. Con dedos de brisa, colgó en el pecho de la beba recién nacida una piedra lunar. Despacio le besó la frente y regresó a la cueva.

Pasados los años Saraí aún conservaba el amuleto y lo apretujaba cuando escapaba a los saltos de los hombres de piel nevada.

En un remanso dejó el remo y masajé sus piernas musculosas para liberarlas de la fatiga. Amaneció al pie de las sierras de Guasayán recostada en la canoa que había logrado alejarla de su amo. Silbó melodías improvisadas al compás de un viento norte que traía olor a tierra arrasada. Una pájara atí, de enorme pico amarillo, se posó en el borde de la canoa. Saraí se incorporó y la observó. La pájara caminó, saltó a su antebrazo y levantó una pata con un mechón de pelo rubio, atado donde nacía el plumaje. Saraí lo desató y olió, una y otra vez. Miró alrededor, pisó tierra firme y lanzó la canoa a la deriva. Llevó sus manos a la comisura de los labios y profirió un grave sonido, mitad grito, mitad aullido.

A pocos metros, los hombres que la perseguían patrullaban el río con una flota de pesados botes. Saraí sacó su cuchillo de la cintura, se cortó una larga trenza y la ató a una pata de la pájara. El ave emprendió vuelo hacia los hombres pero se detuvo donde el río se abría en dos. Cuando vio que se acercaban, lanzó un actuado chillido de pájaro herido y se desató la trenza con el pico. Los hombres oyeron el graznido y observaron que algo flotaba en el nuevo brazo del río. Tomaron el desvío tras la trenza hasta alcanzarla y uno de ellos estiró la mano y la sujetó fuerte. Cuando terminó de levantarla, esta se transformó en una serpiente de escamas negras y amarillas que se le enroscó hasta el codo. El hombre perdió el equilibrio y cayó al río. Algunos rieron, otros rezaron, los menos, le restaron importancia.

El grito gutural de Saraí llamó la atención de una mona aulladora que miraba desde la copa de un horco quebracho. Saraí permanecía en silencio porque repasaba en su mente el mapa de los peinados. De rama en rama, con lentitud plebeya, la mona se acercó a Saraí y emitió un breve rugido. Enseguida hinchó sus fosas nasales, con meneos de cabeza, sobre el aura de la muchacha. Su respiración se cortaba con un débil quejido. Le faltaba un mechón en su melena y, en la espalda, el pelaje se interrumpía, chamuscado por incendios. Traía en una mano huevos de tortuga de cuello de víbora. Y en sus ojos todavía ardían los bosques.

Saraí le ofreció unas hojas frescas de lapacho que conservaba en un brazalete. La carayá las devoró con fruición, pero antes de digerir la última, le obsequió a la joven un huevo de tortuga. Luego de guardarlo, Saraí llevó las palmas hacia adelante para despedir a la carayá. Se sintieron las manos,

unas sobre otras. Las diferentes rugosidades intercambiaron asperezas. La mona le acarició el cabello y Saraí cerró los ojos. Cuando la joven separó los párpados, la carayá se había ido.

La barranca

Era el momento en que el sol no genera sombra cuando Saraí, después de atravesar espesos caminos, comenzó a sentir hambre. Sus pies la trasladaban con frágil inercia y los brazos le colgaban pesados como materia sobrante de un cuerpo abatido. Sabía que no podía demorarse, que debía seguir el mapa que guardaba en su memoria para encontrarse con su amiga Maiu.

Un aire húmedo le recobró las esperanzas. Ya pisaba el borde de la barranca cuando vislumbró, aliviada, las aguas del arroyo Corvalán. Recuperó el vigor entre orquídeas y almorzó frutos y hojas de un tala centenario, mientras observaba a dos mariposas que descansaban en la hierba y que, cada tanto, plegaban las alas sobre el lomo negro.

Terminó de comer y buscó el huevo que la mona le había entregado, pero sólo encontró la cáscara: la tortuga había nacido. Alzó la vista hacia el arroyo y vio a la tortuga a punto de zambullirse. Corrió tras ella, se sumergió en las aguas cristalinas y nadaron juntas hacia la desembocadura. Saraí seguía a la tortuga y la tortuga estiraba su largo cuello de víbora para ver si la joven iba detrás.

Sentada en la rama de un sauce criollo, al borde de una dársena de agua, yacía Maiu. La tortuga siguió camino y Saraí salió del arroyo para abrazar



a su amiga. Pero la alegría del reencuentro se vio interrumpida por caballos que montaban hombres de piel nevada. Saraí y Maiu estaban rodeadas. Cuando ya iban a ser alcanzadas por el látigo y las cadenas, Saraí no vaciló y frotó su piedra lunar. De pronto un eclipse trajo la noche. Una luna plena tapó al sol y los hombres aturdidos por la súbita oscuridad bajaron de los caballos y se inclinaron ante el prodigio sin perder de vista el eclipse, hasta quedar ciegos. A tientas, se revolcaron para ocultarse en madrigueras transformados en topos albinos.

El pastizal

Corrieron en la noche inventada. Atravesaron carquejales, juntaron tallos, bebieron agua de serruchetas junto a ranitas de zarzal y, en la zona de las cortaderas que las superaban en altura con sus penachos erguidos, descansaron hasta que el sol volvió a mostrarse. Saraí soñó que su madre la buscaba, pero justo antes de despertar vio el rostro de su amo. Un rostro que la perseguía hasta en los sueños, de factura rocosa y un frío oceánico que se arremolinaba en el blanco estriado de la piel, mientras los ojos laceraban el aire con el látigo impiadoso de un falso brillo. Buscó la piedra lunar para recuperarse de las babas de la pesadilla. La gema había salido del collar durante el eclipse, pero una vez que este finalizó volvió al pecho de Saraí, a sujetarse al hilo atado en la nuca. A su lado Maiu suspiraba. La vieja herida de la pierna izquierda había vuelto a sangrar. Saraí preparó un ungüento con hojas de palán-palán y lo esparció por la herida. Bastó con que la esencia del árbol buscado por los colibríes se posara sobre la herida para que dejara de gotear.

Luego escurrió su propio sudor de la cabellera y lo mezcló con la sangre de su amiga derramada entre plantas rastreras. La luz del sol fue el tercer

ingrediente para que, en un pestañear, nacieran las margaritas del pastizal de cuyo centro amarillo delgados pétalos color fucsia se alargaban como rayos.

Eliminada toda prueba de su estadía en el pastizal, al fin hablaron del palenque al que debían llegar antes de la noche.

El espinal

Luego de varias horas de caminata, los primeros chañares les dieron aviso de la proximidad al palenque. Al ver a Saraí acercarse las garzas chiflonas permanecieron en el nido de los árboles de corteza verde y entonaron con júbilo un gracioso chillido.

Las amigas avanzaron en dirección a un sonido de tambores que pendulaba en las corrientes del aire. El espinal se hacía cada vez más denso, aunque ya sobre el cerco vivo de los ñapinday, Saraí notó con preocupación que el lugar había sido quemado y el cerco de árboles espinosos reemplazado por tranqueras. No quiso entrar. Cuando intentó disuadir a Maiu, dos personas irrumpieron desde atrás, las sujetaron, les vendaron los ojos y las llevaron al caserón.

A Saraí no tardaron en quitarle las vendas. Abrió los ojos y Maiu ya no estaba a su lado. El primer rostro que vio fue el de su amo.

El palenque se había transformado en una de las tantas estancias de familias esclavistas y las personas que lo habitaban habían sido entregadas a otras familias amigas para prestar servicios. Pero el amo, ¿cómo había llegado hasta allí antes que ella? Traición —pensó—. Esa noche la luna menguante enlazó una luz tibia en sus pies y brazos para traerle profundo

sueño. Aprovechó el tiempo recluida en compañía de personas de igual incertidumbre para juntar fuerzas y volver a tramar la fuga. Habló en su lengua con quienes solo podían comunicarse en el idioma propio — aunque la estrecha vigilancia les permitía apenas balbucear—. Fuera a orillas de un humedal, junto a otras lavanderas o en el candombe junto a los tamboreros que tenían permitido una vez a la semana batir los parches y despertar a sus dioses en el tambor. Lo que jamás imaginarían los amos era el ardid de los peinados.

Fue en otra madrugada, esta vez en cuarto creciente, cuando la piedra lunar imantó hacia el cielo. Horas antes, Saraí diseñó con perfecta destreza el mapa en el peinado. Desplegó en su cuero cabelludo árboles de ribera, de espinal y una laguna, con trenzas que terminaban en la nuca, el lugar de encuentro. Las mujeres que sabían leer el peinado, lo escudriñaban y luego lo imitaban en sus propias cabelleras para difundir el mensaje. Irían por el camino que se formaba entre los curupíes de rala fronda y las anacahuítas de copa ancha —cuyas trenzas nacían en el centro superior de la frente e imitaban el grosor de los follajes—. En la unión entre el hueso frontal y el parietal, es decir, a media cabeza, las trenzas se distanciaban para dejar un hueco: el humedal. Luego seguía una trenza de ceibos que se iba debilitando hasta culminar en la copa irregular de un algarrobo, el rodete de la nuca.

Saraí volvió a encontrarse con Maiu bajo las ramas tortuosas del árbol acordado en los occipitales. La cadena de peinados había llegado a su amiga, a quien no veía hacía ya varias lunas. Esperaron hasta verificar que las demás mujeres y tamboreros alistados para la fuga se hicieran presentes

El poder de la herencia y la importancia de encontrar nuestra voz en un mundo que, a menudo, intenta silenciarla.

Soy Germán Cavallero, nací en CABA el 25 de abril de 1973 y actualmente vivo en Morón. Soy profesor de flauta travesa egresado del Conservatorio J. J. Castro de la provincia de Buenos Aires, compositor y docente. En 2023 publiqué Casa de poesía, una arquitectura confusa, ed. Zeta 2023, y en 2004 fui Mención de Honor en Letras de Tango x la identidad. Dirijo distintas agrupaciones musicales y trabajo en el aula proyectos interdisciplinarios que van desde el análisis del canto de los pájaros hasta el desarrollo de los ejes de ESI y Educación Ambiental articulados con otras áreas. Además soy asesor pedagógico y creador de contenidos -desde ambas perspectivas- vinculados con la obra de María Elena Walsh en la Casa Museo MEW.

En “La hija de la luna” el viaje de Saraí evoca una sensación de aventura y descubrimiento que sumerge al lector en un mundo lleno de vida y misterio. A bordo de una canoa que funciona como un símbolo de su libertad, nuestro personaje se aleja de su pasado y de aquellos que intentan controlarla mientras también nos conduce a nosotros en su viaje. Los puntos geográficos que inspiran el territorio donde sucede la historia son Guasayán, gracias a su historia de resistencia originaria ante la conquista española y la Provincia de Buenos Aires, representada por el arroyo Corvalán, el talar de Barranca, y los carquejales. La utilización de imágenes sensoriales, como el olor a tierra arrasada y la apariencia del río, enriquecen la experiencia y transporta al lector a ese paisaje vibrante, en un deseo de poner en valor la biodiversidad de nuestros ecosistemas nativos. Este cuento resulta una representación de la resiliencia y la conexión con la tierra. Una narrativa que nos invita a reflexionar sobre el poder de la herencia y la importancia de encontrar nuestra voz en un mundo que, a menudo, intenta silenciarla.

y avanzaron nomás, abriendo un surco entre grillos y lechuzones orejados. El cuarto creciente iluminaba los chañares y también encandilaba a los perseguidores cada vez que Saraí los percibía cerca y frotaba su piedra. Hubo hombres que desistieron de la persecución. Impotentes ante el filo plateado de la hoz lunar, cayeron en hondo arrepentimiento y decidieron bloquear el camino a los que habían sido instantes previos, sus compañeros de cuadrilla. En el siguiente encandilamiento sus rebenques de cuero marrón se fundieron al negro cielo y al blanco plateado lunar. Su vello se engrosó en plumaje y, entre una y otra estridulación noctámbula, aquellos hombres se convirtieron en pájaros atajacaminos de estremecedor canto nocturno y penetrante mirada.

La multitud corrió, corrió como reguero de frutos dispersos por el viento y fundó nuevos palenques.
Maiu descubrió el poder de sus manos en los tambores y la facultad de encender el fuego con un chasquido de dedos.
Saraí, en la cumbre de una soledad tan antigua como nueva, alzó los brazos al cielo y al fin supo quién era: *la hija de la luna*.



Primer premio compartido

Hola Leo, soy yo

María Cecilia Corda

Leopoldo, Leo... sé que es un poco antiguo (como tu nombre, por ejemplo, y yo no digo nada jajaj), pero te dejo esta carta en el buzón de tu casa. Espero que la recibas y que no te la lean, estás grande ya para tanta supervisión familiar. No nos vemos seguido ahora que cambié de escuela, bah, cambiamos de escuela. Siete años hicimos, si no contamos el jardín de infantes, aunque la verdad es que no nos acordamos mucho de esa etapa, o por lo menos yo no me acuerdo, muy peques. Le había pedido a mi mamá que me anotara a la que vas vos pero dijo que ésta, la pedagógica a la que estoy yendo, es mejor. Más completa, progre, que me tenía que ir preparando para la universidad y bla bla bla. Siempre quise seguir medicina, igual faltan un par de años, una banda, ni pienso en eso. En lo único que pienso es en por qué dejaste de hablarme y me saludaste así nomás las pocas veces que nos vimos en el barrio. ¿Me pareció a mi o el otro día te cruzaste de vereda? ahí por la canchita de fútbol de Rivadavia. No vi bien. Fue hace un par de meses, antes de las vacaciones de invierno. También leés los mensajes que te mando aunque no me respondés ninguno, salvo en las fiestas: Feliz navidad y año nuevo. Medio corto, cero onda, “corte y pegue”, como decía la maestra de sexto. Nos juntábamos mucho en otra época, sobre todo durante el último año del cole, cuando Julián empezó a salir con esas novias que se consiguió y a hacer más la de él. Dos novias tenía, se habían hecho amigas entre ellas, bastante gracioso. A él qué le importaba, encima al poco tiempo el padre ganó la lotería o no sé qué juego, se lleno de guita, viajes, autos, quinta. Lo perdimos para siempre a Juli jaaajaja, hacete cargo. Con él me hablo por redes, me invitó a ir a la pileta en el verano, pero no pude porque me fui de vacaciones con mi familia a lo de mi abuela. Viste que ella tiene esa casa en la costa a la que fuimos una vuelta, no sé si te acordás, pero era en invierno. Hacía un frío y

un viento que te cortaban, estuvo bueno de todas maneras. Te invitaría de nuevo si nos siguiéramos tratando, mi abuela me dijo que podía llevar a alguien para no aburrirme y salir con gente más de mi edad, ahí son todas personas grandes. La más chica es mi prima Jorgelina, la conociste, ahora se recibió de odontóloga y habla de eso solamente, un embole. Ojalá hubiera seguido una carrera más copada, diseño gráfico, de modas, por ejemplo. Mi tía y mi tío tienen la re guita, así que se la podrían haber bancado. ¿Te acordás cuando me acompañaste a comprar ropa al centro? Cualquier cosa me dijiste que me probará, me quedaba todo mal. Mal en serio, igual creo que esa remera verde (militar no era, verde medio loro) con dibujos de no sé qué película, me la compré igual, te habías puesto re pesado con que estaba buenísima. La usé dos veces, una para dormir. Horrible. La tengo todavía, si querés te la doy, no sé si te entre. Suerte que a vos todavía te viste tu vieja jaja. No, no te enojés, te vestís bien, por algo saliste el más elegante en el concurso que hicimos a fin de año cuando terminamos la escuela. Re Prada, o Gucci. Mejor no acordarnos de los años anteriores, todas pavadas hacíamos. Yo salí ganando en el rubro de compañerismo, no sé si me votaste pero no importa, tuve la mayoría. Lo nuestro era más una amistad, eso sentía yo, después todo cambió. Me puse a pensar cuándo pasó y creo que fue en el cumple de 15 de tu hermana, pero no quiero ponerme a hablar (mejor dicho, a escribir) de eso ahora. Con esos pibes que decías que no te los bancabas, ahora estás todo el día: con los jueguitos, saliendo de acá para allá, yendo a bailar. Te ví el sábado pasado en la fiesta del club. ¿Yo? Estaba en la barra, al final, cerca del baño. Ni me viste, cero registro, ni siquiera cuando entraron al baño gritando como desaforados, los querían sacar en un momento, mucho quilombo estaban haciendo, mal. Tomé cerveza, un asco. Tu hermano Diego, que

salía todos los fines de semana a chupar con los amigos no sé qué le veía a eso. Nos contaba de los tragos, los tipos de cerveza, vino tirado, cualquier cosa. Me enteré hace poco que tuvo un accidente con la moto, espero que esté bien. Mi mamá le preguntó el otro día a la tuya, ponele que fue la semana pasada o la otra, me contó que le dijo así todo rápido como queriéndose ir. ¿Vos le dijiste algo de mí?. Rara la actitud, capaz que estaba apurada, no sé, igual ojalá que ya se haya recuperado. A Diego sí que no lo ví más, como se fue a estudiar a capital... Más adelante capaz que le pregunto cómo es la onda allá, ¿sigue en medicina, no?. Me había dicho tu vecina, la del chalet de al lado, que se había trabado en el examen de ingreso y que al final pasó, tiene suerte también que tu viejo es médico. Yo sería la primera persona que va a ir a la facultad, como dicen en la propaganda de la tele. Vamos a ver qué pasa... Pienso y no pienso en eso... ¿Y vos? ¿Pensás todavía en anotarte en ciencias económicas? Está una facultad enfrente de la otra, me vas a seguir viendo e ignorando, soy tu pesadilla je. En la escuela me está yendo bien, realmente es como decía mi mamá, hay que estudiar un montón. La mía es doble jornada ¿la tuya también?. Tengo inglés, teatro y atletismo a la tarde, 2 o 3 veces por semana cada cosa. Un montón. En serio. Me inscribí en un taller optativo de huerta, hago de todo un poco, trato de hacer amistades también. Como me decías vos: hay que buscar nueva gente. No sé bien para qué pero trato de seguir tu recomendación, tu consejo. Te digo que teatro me re gusta. Hicimos de French y Beruti con vos una vuelta, ¿estábamos en tercero o en cuarto? ¡Por favor! Espero que no haya fotos ni grabaciones de eso. Esos sacos y esas galeras que nos habían puesto, de dónde salieron, un mamarracho. Quisiste improvisar y te fuiste de libreto, mezclaste todo, la maestra empezó a ponerse de todos colores: amarillo, naranja, violeta,

fucsia, verde y la lista sigue. A la directora se le pararon esos cuatro o cinco pelos rojos que tenía. Estuvo re bueno igual, quedó medio Che Guevara todo, asociaste revolución, está bien, lástima que no lo entendieron y te pusieron para recuperar ciencias sociales intensivo. Te ayudé a estudiar completo el siglo diecinueve de la historia argentina en pleno diciembre, un embole: calor, mosquitos, el horno a mil en tu casa cocinando pan dulce como para un batallón. Lo bueno fue que aprobaste con... ¿era con letras o números? Tipo nueve o diez sacaste, re buena nota. Te hubieras quedado así, revolucionario, contestatario, estás medio para atrás con tus ideas ahora, este pueblo atrasa mal. Nos reíamos de eso, ojalá que te rescates, estás a tiempo de no convertirte en un viejo cheto que toma café enfrente de la municipalidad a la tarde ja ja ja. O que sale a dar la vuelta a la plaza con el auto cero kilómetro. No tenés edad todavía para sacar el carnet, eso sería lo único. Te presto el saco de Beruti si querés, y un pañuelo para el cuello haciendo juego. ¡Pará! ¡Pará un cachito! Attendeme esta situación, como decía tu abuela. Vuelvo al cumpleaños de 15 de tu hermana Romi. Me clavaste la mirada apenas entré, era como un rayo entre furia y asombro, lo leí en tu cara. Después, cuando empezó la música, me dijiste que te hacía quedar mal, qué cómo iba a ir así que estaba tu familia y tu abuela (que es de las que mejor me cae, de paso te lo digo, y que vino y me abrazó cuando me vio). No sé, ¿cómo mal? Había seguido las indicaciones de la tarjeta de invitación: “elegante”. Que era una vergüenza, que no tendría que haber ido, que la invitación la habías hecho por compromiso pensando que no me iba a presentar. Ahí entendí menos, y menos todavía cuando le diste la piña a tu primo que me estaba hablando en el sillón. Ya eran como las cinco o seis de la mañana, estaban sirviendo café y medialunas (iqué manera de comer por favorrrrrr!!), por suerte no quedaba mucha gente. El



papelón lo hiciste vos y te tuvieron que separar, manchaste la camisa con sangre. A Rodrigo le arrancaste la manga del saco, encima era alquilado, justo me había comentado eso. Estábamos hablando re bien con él, nada más, ningún quilombo, cero. No sé de dónde salió todo eso, una locura, un desquicio cómo reaccionaste. A mi en ese momento me vinieron a buscar, así que me fui. Ni el souvenir agarré, estaba hermoso, culpa tuya y tu escándalo no lo llevé. Quiero uno así que si todavía quedaron, me lo tendrías que dar ahre. Eso hace tiempo que pasó, se me mezclan las fechas un poco. El asunto es que recién ahora junto todo y te escribo, no sé si da para vernos, supongo que no querrás. Como dice mi abuelo: “pueblo chico, infierno grande”. Eso sí lo entendí ahora, igual no me importa, por mí que hablen, que inventen, que especulen, yo sigo con mis cosas y con mi vida. Si no les debo nada, y aunque les debiera, no haría lo que quieren que haga. Un disparate. Siglo veintiuno Leo, la mayoría vive como si estuviéramos en la época de la Inquisición, ¿te acordás de algo de eso? Lo estudiamos en historia, vinieron de España para acá con esas ideas cuando conquistaron América, queriendo arrasar con todo lo que les parecía mal. La misma estrategia querrán aplicar conmigo, pienso a veces que es eso lo que pretenden. Una Inquisición al lado de la parroquia, o en el medio de la plaza principal. Te digo una cosa: por mí está bien si querés cambiar de gente, una nueva etapa, caras distintas, pero me apena realmente perder todos estos años de amistad que tuvimos. Te quiero mucho Leo, y te aclaro algo por las dudas ya que siempre fuiste mi amigo: no te puedo contagiar como me gritaste esa vez en la entrada del cine, que tenías miedo y te reías con esos dos o tres tarados que siempre me jodieron. Se ve que no tenían nada mejor para hacer. ¿Los seguís viendo? no sé si lo hiciste para quedar bien con ellos o si realmente lo creés. No, no puede ser que lo creas, para

eso estudiamos, leemos, es puro prejuicio, sos un boludo. A tu primo Rodrigo no lo ví más, me mandó un mensaje tipo unos días después de la fiesta diciendo que no se acordaba bien qué me había dicho o hablado, que había mezclado bebidas y no sé qué más. Algo comentó del saco también. Lindo y estúpido, pasa muchas veces. Yo para que se haga la cabeza, le dije que habíamos estado chapando un buen rato y que una amiga nos había sacado un par de fotos, que después se las mandaba por si quería refrescar la memoria. Me bloqueó. Mucha risa me dio. A vos también capaz que un día de estos te mando una foto mía, para actualizarte cómo voy yendo. Estoy transicionando y pasando cambios muy fuertes, una psicóloga me ayuda con todo el proceso. Es lo que quiero. Ojalá nos veamos en algún momento, más adelante si querés. Me voy a cambiar el nombre, el documento también. Como puedo elegir el que yo quiera voy a pedir llamarme Agustina. Uno solo. El apellido lo mantengo. La remera verde te la puedo dar, fui cambiando todo mi placard de a poco. El vestido que usé en la fiesta de quince de Romi ya no me quedaba, lo regalé porque me traía ese mal recuerdo de lo que pasó así que ya no quería ni arreglarlo ni nada. Chau, ¡afuera! Carísimo, igual no daba, no quería volver a usarlo. Hice algunas amistades nuevas, pocas, me suelen llamar Agus, Agustina, a veces se confunden, a mí no me importa, sé que no lo hacen con maldad en ese caso. En el tuyo, tampoco creo que haya sido con maldad todo lo que dijiste o hiciste, igual dolió. LEOPOLDO, vos también podrías cambiarte el nombre je, mejor te digo Leo como siempre. Te abrazo, por los amigos que fuimos, porque no pierdo la esperanza de seguir siéndolo. Cuando de, cuando quieras, cuando puedas... Hasta cualquier momento Leo querido.

Un viaje por la adolescencia, la amistad y la búsqueda de identidad.

Soy María Cecilia Corda, nací en La Plata en 1971.

Soy actriz, escritora y editora de *Descentrada*: revista interdisciplinaria de feminismos y género, y ahora dirijo *Palabra clave*, ambas en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Mi formación es bien humanística, comencé con bibliotecología y documentación, seguí con historia y continué con una maestría en ciencia política y sociología. Trabajo en la Biblioteca de Ciencias Sociales “Enzo Faletto” de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y comencé como docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

El cuento “Hola Leo, soy yo” adopta un género un tanto en desuso: el epistolar, para hacernos partícipes de una carta íntima y reflexiva que aborda las complejidades de la amistad en la adolescencia y las transformaciones personales que pueden surgir con el tiempo dejando hondas huellas. A través de una prosa sincera y un tono íntimo, se exploran los altibajos de las relaciones, la presión social y la importancia de ser fiel a uno mismo.



Mención especial

La maga

Marcos Nuñez

Desde que podía recordar, Emilia siempre había vivido entre magos. Su padre, que paradójicamente se llamaba Franco, era mago y estaba pasando una buena temporada con presentaciones todos los fines de semana. Era bueno, ella lo había visto actuar muchas veces pero estaba bastante segura que, en cierta forma, desperdiciaba su don. Algunas mañanas lo escuchaba quejarse porque tenía que afeitarse, porque no encontraba las pantuflas o porque el auto no arrancaba e imaginaba que si ella fuera maga haría todo eso sin mover un solo dedo, sólomente tenía que desearlo. Su padre le explicaba que no funcionaba así y cuando ella le preguntaba cómo funcionaba, él acababa por decir que en el fondo no sabía cómo funcionaban muchas cosas.

La madre de Emilia no era maga pero trabajaba en un estudio contable y muchos de sus clientes aseguraban que hacía magia. A Emilia no le gustaban los números, sería correcto decir que no le llamaban especialmente la atención, directamente, era indiferente a ellos pero todos asumían que le gustaban porque solía resolver rápido y bien las cuentas de matemáticas del colegio. Casi nunca llevaba deberes para la casa porque de puro aburrimiento terminaba haciéndolos mientras la maestra daba tiempo para que todos sus compañeros copiaran el pizarrón antes de borrar. Era tan buena para los números que llevaba un curioso registro mental: con su padre había visto sesenta y tres shows de magia -algunos de ellos en la pantalla de la computadora- con un promedio de siete trucos por presentación, lo que da un total de cuatrocientos cuarenta y un trucos sin embargo no había ni una mujer maga. Sí había visto números en los que participaban chicas eran siempre las encargadas de elegir una carta del mazo -Emilia odiaba los trucos con cartas- o, en el peor de los casos, se metían dentro de cajas para ser cercenadas por el mago de turno o para

desaparecer detrás de una cortina. Cuando Emilia preguntaba a su padre por qué no había mujeres magas, su padre decía que era por convención. Cuando ella volvía a preguntarle qué era una convención él se limitaba a explicarle que era algo que se había hecho siempre así, sin objeción, sin peros, y que por lo general a las mujeres que hacían magia no se las conocía como magas, sino que se las llamaba de otra forma. Entonces Emilia, que creía estar llegando al final de algo aunque no sabría decir el final de qué, preguntaba a su padre con qué nombre se conocía a las mujeres que hacían magia y su padre respondía: brujas.

Cierta vez Emilia le dijo a su padre que si ella fuera maga haría una y otra vez el truco del conejo.

-No me cansaría nunca de hacerlo- dijo Emilia

-¿Cuál truco del conejo?- preguntó su padre

-Ese en el que sale un lindo conejito de adentro de una galera.

-Es un truco bonito pero tiene sus riesgos.

-¿Cuáles?- quiso saber ella

-Puede suceder que el animalito se cague dentro de la galera.

-¡O que se haga pis!

-Exacto.

-En ese caso evitaría alimentarlo y darle de beber algunas horas antes de la función- reflexionó Emilia

-Una observación muy sagaz, hija.- respondió su padre mientras le revolvía el pelo con una mano.

-¿Sabés lo que realmente, realmente, me gustaría?- agregó ella

-¿Qué cosa?

-Hacer magia de verdad, hacer aparecer siempre un conejo nuevo.

-Yo más bien veo eso como un problema- advirtió Franco

-Porque no sabría qué hacer con tantos conejos en la casa. Habría que alimentarlos, la higiene sería un verdadero desastre.

Emilia lo pensó un momento y exclamó:

-¡Problema resuelto! podemos darlos en adopción. ¿Quién puede negarse a adoptar un adorable conejito?

-Los conejitos crecen y en todo caso estás romantizando la adopción. Alguien puede tener mil razones para no adoptar un conejo. O a los conejos pueden no sentarle bien su nuevo hogar, no por no tener un hogar cualquier hogar es un buen lugar.

Emilia que sabía reconocer cuando su padre tenía la razón, le dijo que no veía motivos para que no incluyera en su rutina el número del conejo y su padre, que la apañaba, dijo que lo iba a pensar.

Luego, pasado un corto rato durante en el cual de ninguna manera podría haberlo pensado, dijo que si alguna vez incluía un número de ese tipo, un número con la participación o la colaboración o el protagonismo de animales, en ningún caso usaría conejos. Ni palomas.

-Hablando de convenciones, ahí tenés una- señaló Franco

-¿Y qué harías?

-Probablemente haría aparecer un perro salchicha, un grillo o, por qué no, un mosquito.

-Sería muy fácil papá hacer aparecer un mosquito, mejor dicho, decir que hiciste aparecer un mosquito. ¡Están por todas partes! Podría haber estado ahí desde antes de hacer el truco

-Hacer magia es fácil hija, lo más difícil es hacer creer que hiciste magia. Pese a que casi siempre terminaba dándole la razón en los temas más peregrinos, a Emilia le gustaba pasar el tiempo con su padre. Y el tiempo que pasaba con él era mucho. Su madre tenía largas jornadas de trabajo

y algunas veces al llegar a su casa solía aclarar que debía “terminar unos números”, una frase que Emilia no entendía del todo o que llanamente escapaba de su comprensión porque, hasta donde sabía, los números ya estaban acabados, con sus formas y sus redondeces. Franco, en cambio, trabajaba únicamente los fines de semana en cumpleaños y eventos de ese estilo y poco y nada se acordaba de los años que trabajó en la fábrica de mobiliario para escuelas a la que, como por arte de magia, dejó de ir.

Emilia era la primera espectadora de los trucos de su padre. Cada cosa que él incorporaba en su rutina tenía que ser vista antes por ella. Había desarrollado una mirada atenta para seguir los movimientos de su padre y también un oído distraído para no escuchar las pavadas que decía, una detrás de otra. “Si dejo de hablar, los espectadores ponen demasiada atención en lo que hago con las manos”, solía decir. Emilia disfrutaba esos momentos. Que su padre no terminara nunca de sacar pañuelos de colores de sus bolsillos le seguía pareciendo tan gracioso como el primer día, sobre todo cuando en el último pañuelo había escondido algo para ella, un chocolate para el recreo o su golosina preferida.

Una tarde de abril, de veredas alfombradas de hojas secas, Emilia y su padre caminaban a casa después del colegio. Ya no andaban de la mano como cuando ella era pequeña pero se mantenían bastante cerca, una distancia que Franco había aprendido a considerar prudente. Pasaron delante del chalet con techo a dos aguas, Emilia siempre decía que algún día iba a vivir ahí; pasaron frente a la reja que mantenía a raya a dos rabiosos chihuahuas y frente al supermercado chino. En la esquina se colocaron a la par mientras esperaban que el camión municipal terminara de recoger las ramas de la temporada de poda y arrancara con los operarios colgados detrás. La

mujer que conducía sacó una larga y huesuda mano por la ventanilla y les hizo señas para que cruzaran pero decidieron esperar y con un gesto poco claro le dieron las gracias. El camión se movió y padre e hija atravesaron la nube espesa de humo negro que salió del escape de la vetusta y despintada mole que se perdió de vista al doblar por una esquina.

Siguieron caminando por una vereda poblada de árboles. Entre las ramas puntiagudas de un tilo, el sol se desmigajaba llegando tibio a la cara de Franco. No era alimento ni podía beberse y sin embargo lo infló de gratitud. Se detuvieron a comprar alfajores en un kiosco, continuaron andando y comiendo. Franco dijo:

-¡Cuidado con el lobo!

-¿Qué lobo?

-El lobo que está allá arriba- respondió él, señalando una nube.

-Más que un lobo se parece a un caballo o puede que sean dos caballos.

-Es un lobo hambriento con el lomo erizado.

El cielo estaba empedrado con nubarrones sin gracia, esto desde el punto de vista de Emilia, pero igual le seguía la corriente porque era cierto que mucha gente encontraba formas familiares en las nubes, aunque su padre no tenía límites. “Un pájaro jugando al ping-pong, una lapicera tomando sol, aunque está en duda si toma sol porque está bajo una sombrilla”, dijo después. Emilia lo oyó enumerar los discutibles parecidos que encontró en las nubes y llegó a la conclusión de que su padre era divertido y cariñoso. Franco asumía que las nubes tenían formas reconocibles y no hacía daño a nadie. También asumía que los trucos con naipes divertían a la gente y, a pesar de que Emilia habría afirmado que en algún porcentaje hacían un daño que rayaba el aburrimiento absoluto, ella ponía su mejor cara cuando los hacía.



Una vez Franco, que pasaba una mala racha, pensó que podía llamar a un amigo periodista para publicitar sus presentaciones pero resultó que su amigo trabajaba en una radio local y si bien Franco había podido dar muestras anchamente de su simpatía, no había podido hacer lo mismo con su magia porque, se sabe, es muy difícil o directamente imposible hacer magia por radio. Si bien en un momento su amigo se puso a relatar paso a paso el número que Franco estaba representando, el intento acabó siendo un fracaso sin apelaciones.

Cuando Franco hacía estas cosas se subía a un barco cuyo vaivén de aguas lo movía entre el entusiasmo, la ingenuidad y la ternura. Podía decirse que era un niño, pero Emilia sabía que muchas veces los niños asumían cosas equivocadamente, como cuando decían “Ahí va una niña” basando su presunción únicamente en la vestimenta o en un corte de pelo, o cuando decían que sólo los niños querían jugar a la pelota y las niñas debían resignarse a pintar en sus cuadernos.

Emilia ya tenía diez y había ensayado un breve parlamento, aunque a ella le gustaba referirse a eso como un discurso, en el que exponía sus razones para que su padre incluyera un número junto a ella en sus presentaciones del fin de semana. Cuando estuvo convencida buscó a su padre en el tallerito, una habitación pequeña y mal iluminada en la que Franco había montado varios estantes donde guardaba sus herramientas de trabajo. Estas no eran otra cosa que barajas de distintos tamaños, pañuelos, baúles, varitas desarticuladas y poca cosa más. Le dijo que tenía que hablarle de algo. Él la escuchó atento mientras ella le soltó el rollo. Cuando terminó tuvo la impresión de que había sido más breve de lo que había creído. La respuesta fue un “No” fulminante que a Emilia le cayó como un balde de

agua helada. Pero no le dijo no porque sí, sino porque Emilia cometió el error de utilizar la palabra trabajar. Su padre le dijo que era una niña y que trabajar no era cosa de niñas, en todo caso podría acompañarlo en las presentaciones. Ella se llenó la boca de gracias, lo abrazó y cuando se separaron ella lo sorprendió diciendo que había encontrado una moneda entre su cabello, se la mostró y él no pudo hacer otra cosa más que sonreír. Actuaron juntos por primera vez una tarde plomiza de sábado. Llegaron temprano y Emilia puso atención en la larga guirnalda y los globos blancos que adornaban la entrada. Empezaron a bajar las cosas y Emilia comenzó a sentir la adrenalina de la presentación que, en principio, se parecía bastante a la vergüenza. Sin embargo, esa sensación se desvaneció pronto porque su padre, tras ser recibido por la madre del niño que cumplía años, dijo teatralmente “Señora, el último número es muy importante para mí. Es el cierre y tiene que ser perfecto. No le miento si le digo que me dedico a esto sólo por ese instante, ese momento definitivo. Sabrá de qué hablo cuando vea la sorpresa en la carita de los niños al final del show. Necesito que me haga un favor: dígame en qué lugar de la casa puedo ocultar los elefantes”. Durante setenta y cinco palabras y algo así como un minuto y medio Franco estuvo a punto de perder la atención de la mujer hasta que la palabra número setenta y seis destrabó la distancia de las personas que no se conocen y la risa que brotó distendió el cuerpo rígido de Emilia. Lucas cumplía ocho y la mayoría de los niños tenían la misma edad. Emilia los observaba y se sentía mucho más grande que ellos. Acomodó el atril de su padre en el lugar de la casa que les habían indicado y ordenó dentro de un baúl negro una bolsa sin fondo y las pelotas para malabares. Sintió ganas de comer algo cuando le llegó el aroma dulce de los pochoclos con caramelo o puede incluso que fuera el olor del pan recién horneado. Olía,

en resumen, como huele la casa de una abuela una tarde de sábado. Emilia observó la tromba de niños que dócil y rápidamente se acomodaron detrás de la línea imaginaria que dividía el escenario del público. Al fondo se ubicaron los más grandes, que se acercaron a ver el show de magia con vasos en las manos.

Franco comenzó a ejecutar su rigurosa rutina. Era un personaje de ficción, porque en ese momento era un mago para todos esos niños, pero también era el padre de Emilia, el padre tierno y dedicado que le mostraba un nuevo truco un martes por la tarde mientras ella tomaba la leche y se debatía entre ponerse a hacer la tarea o seguir viéndolo. Franco, al frente, movía las manos anudando pañuelos de colores.

Empezó a contar que con sus manos siempre hizo cosas para niñas y niños de, más o menos, la misma edad que tenían los asistentes. Entonces Emilia pensó en la fábrica y en como esas mismas manos astilladas de trabajar la madera ahora, frente a todos, se movían como un aleteo. Su padre contó que hacía pupitres y pizarrones mientras seguía anudando. Emilia ya no sonreía como antes, tenía los ojos vidriosos y la postura cansada. “Después”, dijo Franco, “empecé a hacer magia y descubrí que era lo más parecido a no trabajar que encontré. Fuí a la escuela de magos, una escuela muy particular porque no tenía ni pupitres ni pizarras. Los magos, o mejor dicho los aprendices de magos, tomaban notas como podían”. Finalmente, lanzó una reflexión mientras colocaba dentro de una bolsa el largo pañuelo formado de otros más pequeños unidos unos con otros: cuando alguien va descubriendo en su vida las cosas que le gustan se siente como si desatara un nudo irrompible o imposible.

Emilia oyó su nombre cuando su padre lo pronunció por tercera vez. Hasta que no se movió nadie supo quién era Emilia. Ponerse en movimiento le

dio un nombre. Se acercó muy lento hasta donde estaba su padre, quien la presentó con pompa, y ensayó una torpe reverencia que ciertamente no se vio tan torpe sino hartamente preparada. “La magia está en sus manos” dijo Franco y le tendió la bolsa en la que había metido los pañuelos anudados. Emilia, entonces, hizo magia.

Sobre el autor de La maga

*Una exploración conmovedora de la creatividad, la paternidad,
y el deseo de romper con las normas preestablecidas*

Soy Marcos Nuñez, nací en La Plata en 1988 y en esa misma ciudad estudié periodismo.

Francoamente, me gusta más leer que escribir. Y sin embargo, escribo. No creo que un cuento enseñe nada pero sí sé que la literatura mejora la calidad de vida.

Me propuse escribir La Maga como un desafío doble: por un lado me desafié a volver a escribir en papel y también me propuse imaginar un lector adolescente. Fue agradable reencontrarme con el olor de la tinta, el ruido de la birome rayando el papel. Pero, de más está decirlo, fracasé en mi segundo propósito: me olvidé de pensar en los potenciales lectores del cuento. Escribí y los personajes se entregaron solos a la aventura. Sabía, sospechaba, que no hay lectores grandes ni chicos: hay lectores y punto.

La historia está llena de matices que exploran la magia no solo como un espectáculo, sino como un símbolo de sueños, aspiraciones y la lucha contra convenciones. Nuestra querida protagonista no solo hace magia, sino que también comienza a forjar su propio camino en un mundo que, como el de su padre, está lleno de posibilidades.

Ojalá este cuento, como hizo conmigo, mejore la calidad de vida de alguien más.

Reconocimiento María Elena Walsh: Primeros Lectores © 2024 por Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades de la Presidencia del Senado de la Provincia de Buenos Aires tiene licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>





¡Si te gustó el contenido de estos
cuentos te invitamos a compartirlo!

@senadogeneros